tió Alonso de Ojeda de Hueyotlipan y vino a dormir a Calpulalpan y después llegó a Tetzcuco.

CAPÍTULO LXXXIX. *Que Fernando Cortés dividió el ejército en tres partes y se comenzó el sitio de Mexico*

ABÍA MANDADO FERNANDO CORTÉS que la gente de Cholulla y Huexotzinco fuese a Chalco, porque pensaba comenzar el cerco de Mexico por allí y sabiendo que los tlaxcaltecas se acercaban a Mexico, los salió a recibir con algunos de a caballo; abrazó a los señores, díjoles muy buenas palabras; mandólos aposentar; honrábalos mucho; holgábase con ver tanta y tan lucida gente; dijo que le daba Dios grandes muestras de lo mucho que le quería favorecer. Entraron en Tetzcuco dos días antes de la fiesta de Espíritu Santo y toda la gente tardó tres días en entrar según en sus *Memoriales* dice Alonso de Ojeda, ni con ser Tetzcuco tan gran ciudad cabían en ella; venían galanes, bien armados, deseosos de pelear, como lo mostraron bien. Estando todo a punto, para comenzar la empresa, mandó Fernando Cortés llamar toda la gente castellana y a todos los señores tlaxcaltecas; y para que por las lenguas supiesen lo que había dicho, hizo una larga oración, encareciendo la calidad de la empresa, la honra que se ganaba en sujetar la mejor y mayor ciudad del mundo; y que dejado aparte el punto del servicio de Dios, que era el más importante, se ganaba gran gloria con la venganza de la afrenta recibida y dar a su príncipe dominio, cual hombres humanos nunca dieron a ningún rey. Dijo que ellos eran castellanos, nación belicosa y fortísima, que allí tenían muchos amigos y ejército de ellos, cual nunca romanos juntaron; que tenían trece bergantines para deshacer la multitud de canoas, que los enemigos tenían, para entrar por las calles de la ciudad y combatir su fortaleza; que tenían hecha provisión de comida para todo el ejército y prohibido que no entrase a los enemigos; y que pues con los bergantines eran señores de la laguna y con los caballos, de el campo y puestos en tierra firme para resistirse cuando quisiesen, considerasen la grandeza de la empresa que tenían entre manos, que nunca mucho, costó poco, ni ninguna fuerza se podía vencer, sino con otra y que dándoles Dios victoria, se enriquecerían y ennoblecerían sus linajes y descansarían; pues sujetada aquella ciudad, todo lo demás obedecería; lo cual no les decía para darles ánimo, que bien sabía que no lo había menester, sino para traerles a la memoria quiénes eran, y que lo que intentaban lo emprendiesen con alegría y contento, pues ya como hombres honrados, aquella guerra se emprendía por Dios y por sí mismos. Estuvieron un poco los más principales esperando a ver quién tomaba la mano para responder y adelantándose Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval y Alonso de Ávila, le dijeron: que todo aquel ejército entendía que no convenía levantar pie de el cerco, hasta vencer o morir y que esto hacían de

tanta mejor gana, cuanto le tenían por capitán, de que estaban muy contentos, como lo vería por las obras. De esta manera ejercitaba Fernando Cortés el oficio de capitán general, como si toda su vida lo hubiere usado; y este cargo consiste en tres partes; la elección de los soldados y usar de ellos; ya se ha mostrado la prudencia que en ello tuvo; en lo de la disciplina, también se ha visto y adelante se verá, cuán sujeta, obediente y bien enseñada traía a la gente; porque jamás se halló que sus soldados tuviesen ánimos crueles, ni vengativos, arrogantes, ni imperiosos, sino que en todo se acomodaron siempre con la voluntad de el capitán; por lo cual se puede decir que en ningún ejército se conocieron estas partes más manifiestamente que en el suyo; de donde se conoce que es necesario que los soldados sean antes escogidos que muchos y no hay cosa más conveniente que tener los ejércitos limpios de gente inútil; porque la promptitud y agilidad, que en la milicia es tan principal parte, no puede consistir en un campo lleno de todas suertes de hombres, porque embaraza y da ocasión al enemigo de conseguir su intento. Por esto pedía Cortés a sus soldados voluntad, vergüenza y obediencia, de donde depende el valor y la paciencia, con la cual venció guerras tan importantes, no con grandeza de tesoros, sino con generosidad de ánimo, tolerencia de trabajos, con ejemplo de sí mismo, siendo el primero en las batallas, en las vigilias y en la ejecución de cualquier cosa, sin respeto de trabajo, ni peligro.

El segundo día de Pascua, repartió la gente de esta manera: reservó para sí trescientos soldados, con los cuales él se había de meter en los bergantines; las demás repartió entre los tres cabos; a Pedro de Alvarado dio treinta caballos y ciento y cincuenta infantes de espadas y rodelas, diez y ocho ballesteros y escopeteros, dos piezas de artillería y más de treinta mil indios tlaxcaltecas, con orden que asentase este campo en Tacuba. A Christóbal de Olid treinta y tres caballos, diez y ocho ballesteros y escopeteros, ciento y sesenta peones, dos tiros y cerca de treinta mil tlaxcaltecas, para que se pusiese en Coyohuacan. A Gonzalo de Sandoval dio treinta y tres de a caballo, cuatro escopeteros y trece ballesteros, ciento y cincuenta infantes de espada y rodela, con toda la gente de Huexotzinco, Cholulla y Chalco, que serían más de cuarenta mil hombres y éstos habían de ir a destruir la ciudad de Itztapalapan y tomar asiento adonde mejor pareciese, juntándose primero con la guarnición de Coyohuacan y pasando adelante por una calzada de la laguna, con espaldas de los bergantines, para que después, entrando Cortés con ellos, con más comodidad y menos riesgo, pudiese Sandoval alojarse adonde mejor le pareciese. Iba en los bergantines Martín López, hombre de buen consejo y de obras y la gente era acostumbrada a navegar en la mar; iban veinte y cinco castellanos en cada bergantín, con su capitán y seis escopeteros y ballesteros. Salieron de Tetzcuco a veinte y dos días de mayo Alvarado y Christóbal de Olid, para ponerse en sus puestos; y en Aculma, adonde fueron a dormir aquella noche, tuvieron diferencia sobre el alojamiento; envió luego Fernando Cortés a Alonso de Ávila para que los reprehendiese y dijese cuán mal lo hacían en tal ocasión; pero ellos se concertaron por el mucho respeto que tenían

a su general; y porque eran hombres prudentes y que luego conocieron su yerro. Llegaron a Tacuba; halláronla despoblada; aposentáronse en las casas del señor; y aunque era tarde, los tlaxcaltecas dieron una vista a Mexico y pelearon tres horas con los de la ciudad. Otro día los capitanes acordaron que se quitase el agua a la ciudad y fue el uno de ellos al nacimiento de ella con veinte caballos y mucho número de indios; y aunque halló gran resistencia y se peleó mucho, se rompieron los caños de madera, guarnecidos de cal y canto, por donde iba el agua y así quedó sin ella, con harto daño y sentimiento; y en este mismo día, los dos capitanes, hicieron aderezar muchos malos pasos, puentes y acequias, al rededor de la laguna, para que los de a caballo pudiesen, libremente, correr a una y otra parte; y habiéndose ganado algunas trincheas, en pasos fuertes y peleando cuatro días con los mexicanos, en los cuales hubo muchos desafíos, con los de Tlaxcalla y muchas injurias, que unos a otros se decían, Christóbal de Olid pasó a Coyohuacan. Salió otro día con veinte caballos, algunas ballestas y siete mil tlaxcaltecas, a dar una vista a la calzada que está entre Mexico y Itztapalapan; halló los enemigos muy apercibidos; rota la calzada y puestas muchas albarradas o trincheas; peleóse bien de ambas partes y esto se continuó siete días; y una noche llegaron a gritar ciertos mexicanos sobre las centinelas de los castellanos; tocaron al arma, salieron a ellos y no hablaron a nadie; pero estúvose con gran cuidado.

CAPÍTULO XC. *Que en Mexico se determinaron de continuar la guerra, y las victorias que tuvo Fernando Cortés en la laguna y en las calzadas*

IENDO EL REY QUAUHTEMOC que sus enemigos se le iban acercando y que se apretaban de veras las cosas de la guerra, determinó de juntar a los señores y capitanes que había en Mexico; y después de haberles representado el estado en que se hallaban, las muchas provincias que le habían desamparado, y confederádose con los enemigos, el hallarse sin agua y que convenía hurtar con canoas la que bebían, la fuerza de los bergantines, los pasos tomados, los peligros y miserias que esperaban por sustentar la guerra, propuso que le diesen su parecer sobre mantenerla o hacer la paz, porque entendía que Fernando Cortés la deseaba; muchos la persuadían. Los mancebos y gente gallarda quería la guerra; otros decían que cuatro castellanos y muchos indios que tenían presos se detuviesen en no sacrificarlos, para con su medio, algunos días después, si se viesen en aprieto, hacer la paz y que no se apresurasen en ella; otros, en ninguna manera querían, sino que con muchos sacrificios y oraciones se encomendasen a los dioses, cuya causa se trataba, confiando en su bondad, que no los desampararían; y prevaleciendo esta opinión se mandó luego sacrificar los cuatro castellanos y cuatro mil indios, según la común opinión; y que he-